



Los Libros

“SANTIAGO ARCOS, COMUNISTA, MILLONARIO Y CALAVERA”, por *Gabriel Sanhueza*. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1956

No se puede desconocer el papel determinante que desempeñan ciertas individualidades fuertes, revolucionarias, inconformistas, agresivas, inadaptadas, iconoclastas, en la evolución de la sociedad humana. Pueden ellas con sus ideas o actitudes dar un vuelco radical a la vida de los pueblos o señalar caminos para que se realice ese vuelco. Por eso hay que destacar eminentemente a quienes tuvieron tal conducta, no sólo sin la menor posibilidad de estimación o reconocimiento inmediato en ciertos casos, sino que perseguidos por considerarlos enemigos del orden y de la tradición.

No siempre las figuras más difundidas por los historiadores son las que mayor influencia han tenido en la humanidad. Por lo general se exaltan a los de actuación espectacular: militares casi siempre o también políticos. Pero las naciones no se han construído solamente a base de hechos bélicos ni sólo en los campos de batalla se ha forjado el destino de ellas. El filósofo, el sabio, el investigador, el escritor, el artista, el ideólogo proyectan hacia el futuro su trabajo muchas veces silencioso con un sentido trascendente superior al realizado por el guerrero o por el político. No obstante, parece que la historia sólo ha sido escrita para éstos, situándose a aquéllos en un segundo plano. Por eso debemos complacernos de que haya historiadores que adentren en las entrañas oscuras del pasado a fin de sacar a relucir a personas

olvidadas o desconocidas que de alguna manera han influido en el desarrollo de la colectividad. Tal es el caso de Santiago Arcos, cuya vida e ideas ha historiado Gabriel Sanhueza.

La figura de Santiago Arcos es apenas conocida en nuestro país. Los historiadores la mencionan muy de pasada y casi siempre para aplicarle epítetos despectivos o rebajarlo moralmente, para lo cual dan mayor importancia a las circunstancias de su vida que a los principios sociales que sostuvo y difundió. Las mismas calificaciones que le da Gabriel Sanhueza tienden a esa finalidad. Lo llama comunista, millonario y calavera. O sea, tres calificaciones que bastarían para condenarlo por tres delitos sin casi posibilidad de apelación. Para el burgués y capitalista ser comunista equivale a cruel y sanguinario. Disponer de millones equivale a explotador del pueblo para el comunista. El calavera es un inmoral para el hombre honesto y organizado. Pero Santiago Arcos, según se desprende de la biografía trazada por Gabriel Sanhueza, era, por sobre todo, un idealista que incluso sacrificó su tranquilidad para servir a sus principios y que no siempre estuvo dominado por la pasión del vivir fácil y gozoso.

Julio César Jobet ha evocado a Santiago Arcos con sentido de revaloración histórica, ajeno a las opiniones consagradas por los historiadores que llamaríamos "oficiales".

Gabriel Sanhueza, novicio al parecer en el cultivo de la historia, prodiga sin discriminación los hechos en que discurrió la existencia de Antonio Arcos, apodado el *gallego* por su origen español, padre de Santiago. Aventurero impenitente, amoral, traidor, arribista, especulador, de gran talento y vivacidad para acomodarse y rehacerse de quebrantos económicos y persecuciones políticas. Tipo novelesco, de grandes recursos para salir airoso de las derrotas y de las arriesgadas empresas que acometió. Resultado de todo ello fueron los millones que acumuló y la espectacular situación social y financiera que tuvo sobre todo en Francia en donde pasó la mayor parte de su vida. Gabriel Sanhueza lo retrató sin omitir detalles, enfocado principalmente dentro del medio militar, social y político en que actuó en los albores de nuestra vida republicana, en especial en el gobierno de O'Higgins y

del cual se aprovechó por intermedio del Ministro Rodríguez Aldea y de la propia hermana del Director Supremo, ambos cómplices y partícipes de turbios negociados. Sin duda toda esa relación histórica en torno a personas y cosas es interesante y se justifica en parte, ya que todo ello ha de proyectarse en la vida de Santiago. Con todo, por tratarse de presentar a éste, pudo el autor eliminar episodios de una remota vinculación con Santiago o al menos haber sintetizado. Tiene color la vida del *gallego* Arcos, es un personaje de novela. Pero si Gabriel Sanhueza se propuso biografiar a Santiago Arcos, revelar los misterios de su vida trashumante, su conducta política, sus ideas y la lucha que sostuvo por propagarlas, debió desde las primeras páginas encaminarse hacia ese objetivo y no extenderse con tanta profusión de hechos incidentales de muy escasa relación con el biografiado. ¿O acaso Gabriel Sanhueza quiso hacer una biografía novelada? Lo que es peligroso, porque sabido es que ese género ambiguo termina por no ser ni novela ni biografía. No. Gabriel Sanhueza se ciñe a la verdad de los documentos, su fantasía apenas si aflora. Dejemos a un lado la parte anecdótica de este libro, interesante y amena indudablemente, para referirnos a Santiago Arcos en cuanto precursor de las luchas sociales en Chile. Más que lo novelesco nos seduce lo sociológico.

Educado en París, hijo de millonario, temperamento inquieto y soñador, de ascendencia aristocrática por el lado materno, nutrido del socialismo naciente de Proudhon, Blanc, Fourier, Santiago Arcos se nos presenta como un personaje desconcertante, huidizo, difícil de perfilar en rasgos rotundos y definidos. En los claroscuros de su etopeya, los historiadores han acentuado los tonos sombríos para realzar la parte negativa de su existencia. Los aspectos favorables son de indiscutible valor e interés. Entre ellos hay que subrayar, primeramente, sus iniciativas de reforma social en Chile a mediados del siglo pasado, su energía y entusiasmo por difundir los principios del socialismo que apuntaba en Europa, su participación en la Sociedad de la Igualdad y, por último, “el manifiesto” de 1852 —carta a Francisco Bilbao—, en el cual expone sus doctrinas de justicia social, novísimas en su tiempo y aún vigentes en la actualidad. Es este “manifiesto” lo de mayor solidez e importan-

cia que nos ha dejado Santiago Arcos y cuyo texto reproduce íntegro Gabriel Sanhueza. Se ve en él que Santiago Arcos había asimilado los principios fundamentales del socialismo utópico y revolucionario, el de Proudhon y el de Carlos Marx —el Manifiesto comunista de Marx y Engels es de 1848—, tenía conceptos claros y precisos sobre los deberes ciudadanos, estaba poseído de una insobornable conciencia republicana y de un sincero amor al pueblo, lo cual se refleja en su estilo directo, categórico, de conceptos bien precisos. Temperamento el suyo diametralmente opuesto al de su gran amigo y compañero de lucha Francisco Bilbao, soñador, quimérico, mesiánico, difuso, inconsistente. Incuestionablemente son exageradas las doctrinas de Santiago Arcos, algunas de ellas de tal radicalismo que su aplicación aún hoy día significaría trastocar la organización de la sociedad y organizarla sobre una base muy distinta a la existente en el mundo occidental y civilizado; otros principios son lugares comunes del infantilismo revolucionario, así como ciertos aforismos que no resisten el menor análisis. Pero muchos de los principios estampados por Santiago Arcos revelan un completo conocimiento de nuestra realidad política, social y económica, sostenidos aun por los partidos de izquierda. Santiago Arcos es un precursor de muchas leyes sociales referentes a los beneficios que el Estado debe otorgar a los funcionarios públicos y a cuantos viven de un salario. Digno de estudio es este “manifiesto” y comprobar cómo muchas de las ideas en él contenidas están ya incorporadas en nuestra legislación social. No era, pues, Santiago Arcos un mero declamador ni un exaltado revolucionario de doctrinas vagas y absurdas.

Santiago Arcos no fué comprendido en Chile, acaso sobre él cayeron muchas faltas cometidas por su padre, se le cerraron las puertas y después de haber permanecido en el país cerca de tres años debió alejarse de su patria de nacimiento por imperativa orden del gobierno, para no regresar más a ella. No debió haber sido Santiago Arcos el descabellado y peligroso revolucionario con que han tratado de exhibirlo sus enemigos, pues contó con la amistad y simpatía de argentinos tan ilustres como Mitre, Sarmiento, Alsina, Mansilla, Obligado, Véliz Sarsfield, quienes tuvieron en su patria destacada figuración política, mili-

tar y educacional. Santiago Arcos permaneció algún tiempo en la Argentina desempeñando cargos de responsabilidad e importancia. Este es un hecho que subraya Gabriel Sanhueza como el mejor testimonio de que su biografiado no era un vulgar calavera ni un peligroso comunista.

La vida de Santiago Arcos estaba regida por un sino de inestabilidad y frustración. Tampoco arraigó en la Argentina; pronto lo vemos en España donde tuvo una breve actuación política junto a republicanos de la estirpe de Castelar, Figueroa, Pi y Margall. Por último, volvió al París de su niñez y adolescencia, desengañado, envejecido, enfermo —al parecer de un cáncer a la garganta—, y para cerrar el ciclo de su existencia vagabunda y romántica, junto al Sena se disparó un tiro, arrastrado su cuerpo por las aguas del historiado río. Tenía cincuenta y dos años.

Gabriel Sanhueza ha rescatado del olvido y la calumnia a Santiago Arcos. Lo ha revivido encuadrado en el propio medio en que existió y entre los numerosos personajes en torno a los cuales transitó él o su padre. Lo ha presentado con verismo documental y simpatía humana. Pero ha olvidado que para darle mayor viveza y atractivo a las circunstancias de su vida, era necesario hacerlo enmarcado en forma que realizara el retrato. La prosa de Gabriel Sanhueza es vacilante, incorrecta la construcción de la frase, escaso el vocabulario. Una expresión más cuidada habría hecho que el alma de Santiago Arcos conviviera con el lector en una atmósfera de mayor categoría literaria.—M. R.



“DENSO VIENE EL DÍA”, por *Raúl Morales Alvarez*, Zig-Zag, 1956

Una reciente experiencia como miembro de un jurado literario, nos dejó desilusionados sobre la trascendencia que tienen los concursos para revelar autores desconocidos o premiar obras de verdadera calidad. Si bien creemos haber actuado entonces con absoluta independencia y emitido opiniones que dieron al referido concurso la dignidad y categoría necesarios, nos pareció que el excesivo número de obras pre-